

LANGUIDO FESTEJO

Stop SIDA y poco ruido

Menos de mil personas bailaron el lunes al ritmo del Stop SIDA, la campaña lanzada por la Comunidad Homosexual Argentina (CHA) para recaudar fondos para la lucha contra el virus de los 80.

“¡Je! linda fiesta tienen aquí esta noche”, comentó, desbordando de prejuicio el taxista, al llevar a la puerta de Paladium. Pero no hubiera entrado, con seguridad sus peores fantasías habrían resultado frustradas. Ni plumas, ni “locas”. Tan sólo una modesta convocatoria de la Comunidad Homosexual Argentina (CHA) para recaudar fondos para su campaña “Stop SIDA”. Es más, cualquier velada en la discoteca de la calle Reconquista conoce mayores desbordes que los que no se produjeron en la noche del lunes.

No llegaban al millar las personas que, previo pago de 20 australes deambulaban melancólicamente en medio de la música disco, los videos a los que, a veces, se asomaba Chaplin y la expectativa ante alguna llegada rutilante. Sin mayor escándalo fueron entrando algunos artistas que adhirieron a la iniciativa. De riguroso negro. Soledad Silveyra y Renata Schusheim —el color lo había dejado para el velo—, de verde, Edda Díaz y de turquesa, jersey, ajustado, Noemí Alan. “¿Sabés lo que daría yo por ser esa banqueta?”, se entusiasmaba uno de los asistentes, “vine sólo para mirar”, había aclarado con apuro.

Más famosos que iban llegando: David Viñas, Osvaldo Dragún, Jean-François Casanova, la esperpéntica Divina Gloria y su troupe, Ethel Rojo, Egle Martin y Ana María Giunta, imponente.

Hasta que comenzó un pobre “show”, a la una de la mañana, todo consistió en una espera, un aburrido mirarse unos a otros. Algunas hombreras, sacos largos y lánguidos, pelos muy cortos y un look un poco demodé, como de posmodernismo europeo, ya abandonado en otras latitudes. Desde un enorme poster, Gardel contemplaba impertérrito los acontecimientos.

En verdad, no era mucho lo que acontecía. Apenas dos muchachos tomados de la mano. Más allá, dos chicas algo más arrimadas de lo habitual. En el centro de la pista, gente suelta bailando, como en cualquier otro lugar, salvo un detalle, los hombres vestidos de mucho blanco y las mujeres, en franca minoría.

Después, el escuálido espectáculo de Divina Gloria y los suyos, donde, como no podía faltar, hubo chistes en torno al Bambino Veira, quien, dicho sea de paso, había comprometido su asistencia, pero no cumplió.

Ana María Casó hacía las presentaciones, luchando contra los micrófonos, y leía las adhesiones: Herman Schiller, el grupo feminista de Denuncia, los surrealistas de “El Ojo Salvaje”, los anarquistas de “La Mano Negra”, Luis Zamora y Marcelo Parrilli por el Movimiento al Socialismo (MAS), la “Fraternidad del Discípulo Amado” y el Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos.

En una urna transparente, demasiado grande para los resultados obtenidos, se recibían las contribuciones en efectivo. “Nosotros pensamos que el SIDA se puede parar —precisó Alejandro Zalazar, presidente de la CHA— pero a condición que se imparta educación sexual en todos los niveles, una información precisa sobre la enfermedad y una campaña preventiva”.



Ibarreta, Zalazar, Díaz, Silveyra, Casanova arropan la urna y su escuálido contenido.

“Estamos convencidos de que el SIDA se puede parar. Pero hace falta prevención y educación.”

“La campaña Stop SIDA —amplió— tiene dos objetivos: proveer de infraestructura a los centros que funcionan en el hospital Muñiz y en el Clínicas y crear un fondo de ayuda para enfermos carenciados.”

Cada uno quiso hacer su aporte ante el micrófono, pero la Divina Gloria se ganó las palmas de la inoportunidad al incitar: “Esta es una noche pro-puto”. Pálido, Casanova se abalanzó sobre el micrófono, casi gritando: “Esto no es así, esto no es

así. El SIDA es una epidemia universal, que ataca a hombres, mujeres y niños. Nosotros queremos salvar a todos”. Ana María Giunta lo reemplazó en la réplica: “Estamos contra la discriminación y por el respeto a la sexualidad de cada uno”. “El preservativo hay que ponérselo donde se debe, y no en el cerebro”, remató otro.

La cosa ya no daba para más. Volvió la música y el deambular, un patrullero se paró en la puerta. Los

policías atisbaron un poco, pero tampoco ellos vieron motivo de escándalo. Se fueron indiferentes.

La fiesta languidecía. Los miembros de la CHA lamentaban que las cosas no hubieran resultado como esperaban. Apoyado contra una escalera uno de los espectadores reflexionó: “Ma, sí, que hagan lo que quieran. Cuanto más haya, mejor para mí. Tengo más mujeres para elegir”, concluyó sin haber entendido nada.